

**MANUEL  
RIVAS**

**UN MANIFIESTO REBELDE**

**CON-  
TRA  
TODO  
ESTO**

ALEAGUARA  


**MANUEL  
RIVAS**

**UN MANIFIESTO REBELDE**

**CON-  
TRA  
TODO  
ESTO**

ALFAGUARA  




SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

# **UN MANIFIESTO REBELDE**



Cada vez que nace algo nuevo  
salen detrás todas las jaulas.

FRANZ KAFKA

¿No notas que se ha movido el silencio?

LUIS PIMENTEL

Hoy es preciso un alto en la derrota.

JAVIER EGEA

—Hola —dijo el controlador—,  
sáquese las alas y siéntese.

PHILIP K. DICK

En el cielo, pavimentado de indiferencia, las jaulas andan detrás de las palabras que aún quieren decir. Extraña esta palabra furtiva que se posa en mi hombro, y que se deja escribir sin miedo: vergüenza.

Ya no puedes dejar de mirar lo que no está «bien visto».

Lo que no se deja ver, lo que no se puede ver, lo que sería mejor no ver.

La vergüenza te ayuda a ver.

No es un desenlace, es el principio.

El primer paso para detectar una injusticia es que comparezca el sentido de la vergüenza. Es lo que va a hacerla visible como injusticia. Hay un sensor muy especial que transforma ese golpe óptico de la vergüenza en partícula de conciencia. Ese desequilibrio eficaz que Victor Hugo vislumbró como «la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley», en una de esas épocas miserables, distópicas, en

que la tarea de la verdadera justicia no es cumplir la ley, sino liberarla de ella misma. Fue la vergüenza, en estos últimos años en España, la que desactivó la suspensión de las conciencias ante injusticias miserables como la de los desahucios de personas ancianas y familias pobres, las mismas que enferman o mueren por un mal fuego, el «incendio de frío» de la pobreza energética.

¿Por qué ahora? ¿Por qué escribir esto contra Todo Esto? ¿No estarías mejor en tu torre de marfil? Lo que escribió en una carta Gustave Flaubert a Iván Turguénev en 1872: «Siempre he procurado vivir en mi torre de marfil, pero una marea de mierda bate sus muros hasta el punto de derrumbarla. No se trata de política, sino del estado mental de Francia». ¿Cuál es la causa de semejante malestar? En la carta, Flaubert cita un síntoma del malestar: el desdén cultural, y en concreto por la literatura, en el nuevo programa de instrucción pública.

Qué contemporáneo suena. El desdén por la enseñanza y las llamadas «humanidades». Por la enseñanza que consiste en enseñar a pensar. Pero Todo Esto va más allá. El estado mental es un Estado de Vergüenza. Una avalancha de mierda que sacude el mundo. Pero en las torres de marfil, como en los camarotes de lujo de los *Titanic* del presente, están acomodadas las conciencias en suspensión. Los pasajeros de una modernidad regresiva. El triunfo del pensamiento grosero, descivilizador, de entusiasmo halconero. El avance de un progreso retrógrado, en el que las grandes cifras en vuelo ocultan a las personas y oscurecen el cielo. Un nuevo autoritarismo ebrio de popularidad y gloria estadística y virtual. Un régimen de la distopía.

Nacimos en un país destartado, donde no había mejor lugar para vivir que el futuro. Mis mayores habían conocido la guerra y el hambre de posguerra. La vida en nuestra infancia era todavía muy precaria. La emigración, el trabajo a destajo, y una atmósfera política y cultural humillante, don-

de la boca era para callar y los ojos para no mirar, y donde el refugio era la música, la lengua secreta y la risa popular. Los barcos y los trenes solo eran puntuales para marchar. Hacia América o Europa. Cuando mirabas la Línea del Horizonte, a veces pensabas que estaba más cerca América que Europa. Pero el futuro, estuviese donde estuviese, estaba con nosotros. Era algo que nos pertenecía, un tiempo que podíamos producir. La propiedad más valiosa.

Podría decir ahora que esa producción de tiempo tenía el sentido de la utopía. Me encontré con esa palabra en el instituto, estudiando bachillerato, pero es verdad que resultaba próxima, casi táctil. Cada descubrimiento, cada libro que abrías y te abría, cada amistad creativa, cada abrazo en la orilla, la primera revista poética en ciclostil, la mirada de Anna Magnani en el teleclub, el concierto de Zeca Afonso antes del 25 de Abril, aquel recital de Uxío Novoneyra en un hospital («Todo lo que le ha pasado al ser humano me ha pasado a mí»), todo parecía pertenecer, o así lo recuerdo, a una producción utópica. También la memoria laboriosamente rescatada, como el tiempo en el reloj de Kropotkin, el príncipe anarquista de *La conquista del pan*, ese reloj que le regalaron las cigarreras coruñesas en huelga y que llevaba como única posesión el día de su muerte. El mapa borrado de la ciudad, de las escuelas racionalistas y laicas, de los ateneos libertarios y las bibliotecas populares, con los tomos de la geografía ecológica de Eliseo Reclus («El ser humano es la naturaleza tomando conciencia de sí misma») en el centro justo del asombro, y luego enterrados para no ser quemados. Y Eliseo Reclus, que lo inspiró, nos llevó a Ebenezer Howard y su *Tomorrow (Mañana: un paso pacífico hacia una reforma real)*, la propuesta de ciudad-jardín, una utopía táctil, sí, que casi podías tocar: la ciudad ideal de los círculos concéntricos con su escuela, su biblioteca y el espacio de la asamblea, en el centro. También ese pasado formaba parte del futuro. De la misma manera que las huelgas por los derechos laborales en los combativos astilleros de Ferrol o las luchas estudiantiles en la Universidad de Santiago, en el frío del invierno del 68, antes de es-

tallar la primavera en Francia. Había también caminos dispares, miserias, sectarismos, pero eran parte de ese afán de utopía. Los «errores equivocados». Se debatía mucho, el día y la noche, pero nadie hubiera desahuciado la esperanza.

En aquel tiempo no se hablaba nunca de distopía. Cómo se iba a hablar, si en España estábamos librándonos de ella, de una distopía de décadas, pesada como una losa sepulcral con epitafio nostálgico de un imperio fracasado. La democracia, el Estado de bienestar, «entrar» en Europa, eso, entonces, era pensamiento utópico. En mi vecindario, y doy un salto atrás, había un anciano cascarrabias que vigilaba día y noche su higuera, de los mirlos y los niños, y que, el primer día de verano, al terminar la escuela, cuando íbamos cantando y estrenando alegría hacia la playa, «*Gira, il mondo gira, nello spazio senza fine*», era él quien giraba el bastón y gruñía apocalíptico: «¡Ya vendrá el invierno, ya!». Teníamos la utopía a unos pocos metros. Los cuerpos deseando desnudarse bajo el sol. El mar esperándonos con su fuelle de acordeón. Por un momento, atónitos, dejábamos de cantar. Y el mundo paraba de girar. Cada vez que oigo hablar de distopía, o de la inutilidad utópica, siempre me viene a la cabeza el viejo resentido y su profecía enojada.

Y ahora la distopía está en la atmósfera. Es el ruido de las jaulas, como un zumbido de drones, que corren a atrapar las palabras salvajes, inconformistas, del pensamiento indócil.

Había vivido de adolescente los estertores de una dictadura totalitaria, que la historiografía denomina *franquista*, personalizándola en el tirano como si fuese solo cosa de un gerifalte endiosado y enfermo de poder. Es verdad, era un capo canalla, con ínfulas intelectuales, autor del guion de *Raza*, intérprete mediocre de su propia película, *Franco, ese hombre*, y admirador de los filmes de Walt Disney. Sus obras completas son de un género cruel, con miles de personajes todavía desaparecidos en cunetas y fosas comunes. Cayeron de la tierra para abajo, en la psicogeografía del terror descrita con precisión poética por César Vallejo. Y así,

con sangre, firmó sus verdaderas «últimas voluntades». Las cinco penas de muerte del 17 de setiembre de 1975. Pero Todo Aquello era un régimen encanallado, donde se humillaba al pueblo haciéndolo partícipe del elogio de la servidumbre. Una mafia empotrada en el Estado, que llegaba hasta la última ventosa de los tentáculos del poder, y que se fundió sin rendir cuentas, más bien ganándolas, en alcañal con el nuevo Estado.

Ya no había un dictador, vivíamos la Transición hacia la democracia, pero como periodista, a los veinte años, en 1977, y ya promulgada la ley de Amnistía, fui detenido por orden de un juez militar. Una operación demasiado aparatosa para un «meritorio»: la Policía Militar, con metralletas, rodeando el domicilio familiar, para terror de mi madre, que lo había vivido, el terror, de niña en 1936. Se me abrió un proceso por delito de sedición. El motivo: un reportaje, contrastado, sobre una intoxicación alimentaria masiva en un cuartel. Se me preguntó si era antipatriota y dije que no. Nunca entendí que tenía que ver la intoxicación con la patria, y no pretendo hacer ningún chiste. Si lo cuento es por ilustrar con una experiencia la naturaleza convulsa de aquella Transición. No soy de los que la caricaturizan como un simple baile de disfraces. Sería una desinteligencia por mi parte. En 1981 se produce el intento de golpe de Estado del 23-F. En esa circunstancia, aparezco, y es otra perturbadora viñeta personal, en una lista de «elementos» a eliminar en Galicia. Por alguna razón, la palabra «elemento» siempre me puso en guardia. En esa lista, que llegó a publicarse, había cerca de mil «elementos». En el diccionario de María Moliner encuentro la acepción de «Cuerpo químicamente simple: *Tabla de elementos*». Los nominados podríamos constituir una «tabla de elementos». Creo que se ajusta más esta otra: «Se usa muy frecuentemente con los adjetivos y expresiones “sospechoso, indeseable, peligroso, de cuidado”, etc.». Escribo desde esa posición. La de ser un elemento. Un elemento de cuidado.

No, no comparto esa visión de la Transición como una rehabilitación arquitectónica del vetusto ruedo ibérico con fa-

chada democrática de cartón piedra, y que de venir un huracán, y tumbar el decorado, veríamos un *remake* del franquismo. Es una visión superficial e injusta, porque, para empezar, concede todo el protagonismo de la Transición al maquiavelismo estatista, y desvaloriza o ignora todas las luchas sociales en ese cambio histórico. No hubo ningún favor. Cada paso importante tuvo su coste en dolor y represión. Lo que hay de democracia avanzada en la Constitución («España se constituye en un Estado social democrático de derecho», esa parte secuestrada), y lo que se conquistó de Estado de bienestar, sobre todo en salud, enseñanza y pensiones, son ahora avances amenazados por el capitalismo caníbal. Esto es así, así me parece, pero lo que tampoco puedo compartir es esa otra versión de conformismo embelesado que defiende la Transición como una obra de ingeniería política modélica, la mejor partida de ajedrez de la historia mundial.

Ese conformismo acrítico ha impedido ver las graves averías de Todo Esto. La dictadura se zanjó con una impunidad total. Una impunidad encofrada en silencio. Muy poco se ha hablado, casi nada, de la vida confortable de represores y verdugos; del abandono institucional de las víctimas y las personas desaparecidas; del desentendimiento por los bebés robados, muchos arrebatados a sus madres en las cárceles; de la desatención a las familias expoliadas de dinero y bienes; de los trabajos forzados de los presos políticos en empresas que hoy, algunas, todavía cotizan prósperas; del olvido de las víctimas de los campos de exterminio nazis, a quienes incluso se les privó de la condición de «españoles»; de la gente a la que se le castró la libertad de creación cultural, la ignorancia de la obra universal del exilio; de la fortuna acaparada por la patriótica familia del dictador, con una milagrosa posesión de bienes del patrimonio público, desde esculturas de la catedral de Santiago y pilas bautismales románicas hasta el Pazo de Meirás, el lugar gozoso de la escritora Emilia Pardo Bazán y hoy convertido en un almacén de trofeos de caza. ¡Ay, la caza, la ideología del Estado de Vergüenza!

La impunidad total ha conllevado la impunidad moral. Si se mantuvieron todos los privilegios; si, por ejemplo, los jueces del Tribunal de Orden Público, la Inquisición franquista, continuaron «impartiendo justicia», y en su mayoría, diez de dieciséis, ascendieron al Supremo y a la Audiencia; si no se establecieron controles y leyes de transparencia para garantizar una democracia eficaz y honesta, ¿cómo esperar que, de repente, los principios éticos determinasen las relaciones entre políticos y empresas? ¿No era ingenuo pensar que la gestión del sector público y la posterior privatización de las «joyas de la corona», las mayores y más rentables empresas, se regirían por la lealtad y la honestidad debidas al patrimonio de la nación?

TODO ESTO ES CANALOCRACIA. Todo Esto es rapiña y corrupción. La poesía es información básica para ir a la esencia de una época, por más que se la ignore. El termino *canalocracia* fue acuñado por Rubén Darío, que definió a sus integrantes con criminal precisión poética: «De rudos malsines, / falsos paladines / y espíritus finos y blandos y ruines, / del hampa que sacia / su canalocracia». Cambió el régimen, pero el estamento hampesco se mantuvo. Está ahí, actuando, en continua metamorfosis. Una parte fue detectada y, no sin obstáculos cómplices, está siendo juzgada. Pero fue imposible trazar una línea roja, ese acuerdo de consenso y emergencia, y la corrupción se ha encostrado como una identidad delictiva, con una democracia corroída, donde el dinero corruptor ha financiado campañas electorales e incluso ha servido a los corruptos para pagarse campañas de buena reputación en Internet. Es propio de la canalocracia cuidar mucho su imagen.

En el año fronterizo de 1975, el pintor Reimundo, que era en sí mismo una vanguardia, me llevó a un taller, con un altillo discreto, donde me presentó al poeta Georg Trakl, muerto en 1914, a Philip K. Dick, que aún vivía, y al joven Franz Kafka, que estaba y no estaba muerto.

Trakl estaba muy afectado, a pesar de estar muerto. Como médico, había tenido que atender sin medicamentos a decenas de heridos graves en la batalla de Grodeck. Allí escribió un poema, uno de los mejores informes sobre la Gran Guerra: «Hacia la noche, los bosques otoñales resueñan / con armas mortales...».

Los tres estaban allí porque compartían el horror a la historia del mundo como una sucesión de carnicerías bélicas. Ese sería el resultado inevitable si se consolidase un dominio distópico en lo porvenir, y que Phil Dick nos describió así: «La sumisión totalitaria a una burocracia industrial-militar despiadada».

Franz Kafka permanecía en un silencio pálido. Pero al hablar, la mirada se avivó. Iba por delante de las palabras. Y lo hizo, el hablar, con un cierto sonrojo:

—¿Cómo podrás disfrutar del mundo si no es refugiándote en él?

Porque quiero disfrutar del mundo, correr hacia él y no huir, escribo contra Todo Esto.

Porque no espero milagros de los Gobiernos, pero detesto a quienes los utilizan como máquinas de desesperación, escribo contra Todo Esto.

Porque mi identidad es la de la emigración y el exilio, mi partida de nacimiento, un certificado de naufrago, y mi patria la de la «maldita estirpe» de Cervantes, esa boca de la libertad que se abrió para decir: «Yo no estoy preñado de nadie ni soy hombre que me dejaría empreñar del rey que fuese».

Esa boca, la de la libertad, escribe contra Todo Esto.

TODO ESTO ES DESCIVILIZACIÓN. La caída del Muro de Berlín, el fracaso del herrumbroso y totalitario imperio soviético, el triunfal neoliberalismo, ese período histórico fue salutado como el comienzo apoteósico de una Globalización Feliz. El credo del Fin de la Historia, la profecía oficial de Occidente, formulada por Francis Fukuyama, supondría el

triumfo planetario de una divinidad bifaz: la democracia y el capitalismo. Pero la Globalización Feliz lo fue para el dinero volátil y para la expoliación de materias primas, pero no para las personas. En las fronteras, de las orquestas de países pobres, pasaban los instrumentos, pero no los músicos. Que no era el final feliz de la historia eso lo sabía hasta el gato de Fukuyama. Del código de barras de la Globalización Feliz fueron cayendo la defensa de la democracia, la justicia universal y la mínima moral humanística de garantizar el refugio y el derecho de asilo a las personas que huyen de una guerra. En el régimen mundial de la distopía, los pobres son tratados como culpables de su pobreza, los emigrantes estigmatizados como potenciales delincuentes, y los refugiados, como peligros. Un nuevo supremacismo, no tan nuevo, una derecha alternativa, no tan alternativa, pero sí jactanciosa, donde el laboratorio de ideas huele a barbacoa y se churrasca la Declaración Universal de Derechos Humanos.

TODO ESTO ES RETROCESO Y REARME. Mientras la cooperación internacional y la ayuda humanitaria se reducen o congelan como ideales obsoletos, mientras se recortan los fondos destinados a políticas sociales, mientras se degrada la sanidad pública y se privatiza el cuidado de la salud, mientras se desvalijan los sistemas de pensiones a la vejez, mientras aumenta la pobreza infantil, el régimen mundial de distopía ha redescubierto el gran yacimiento catastrófico: la carrera armamentística. El triunfo del complejo industrial-militar, como un poder fuera de control, ya fue advertido como el mayor peligro para la humanidad por el presidente y general Eisenhower, un conservador, en un discurso de despedida que se debería desempolvar como se hizo con los Papeles del Pentágono. La descivilización que supone el nuevo armamentismo se incrementa con el desdén a la Carta de la ONU y a la multilateralidad, una esquivez que puede hacer desandar al mundo a un tiempo anterior a las grandes guerras del siglo XX, pero con una potencia, la